



RAÚL SCALABRINI ORTIZ, EL PATRIOTA

Por Felipe Pigna

ESTUDIÓ A LOS ARGENTINOS CON LA MINUCIOSIDAD DE UN ENTOMÓLOGO Y SACÓ CONCLUSIONES QUE MOLESTARON A MUCHOS AUNQUE ERAN VERDADES INDISCUTIBLES. FUE UNO DE LOS PENSADORES MÁS PROFUNDOS Y ORIGINALES DEL SIGLO XX Y SUS IDEAS ESTÁN MÁS VIVAS QUE NUNCA.

Raúl Scalabrini Ortiz nació el 14 de febrero de 1898 y creció atraído por las ideas de la Revolución Rusa. Estudió agrimensura, pero siempre se interesó en la literatura y, a los 25 años, publicó su primer libro *—La manga—* y se vinculó al grupo literario Florida, donde conoció a Jorge Luis Borges y Eduardo Mallea.

Scalabrini Ortiz no simpatizaba con Hipólito Yrigoyen, pero tras el golpe cambió su posición, espantado por el carácter reaccionario de las fuerzas que lo habían derrocado. Poco después empezó a trabajar en su libro *El hombre que está sólo y espera*, donde buscó descifrar al porteño. Durante la Década Infame se dedicó a analizar la realidad nacional, en particular su entramado económico, sosteniendo que el país era una colonia inglesa porque el pacto Roca-Runciman, los ferrocarriles, los frigoríficos, los seguros y los barcos beneficiaban más al imperio británico que a la Argentina.

También fue un hombre de acción: participó en el levantamiento radical de 1933, fue detenido en la isla Martín García y de-

bió exiliarse. Antes de partir se casó con Mercedes Comaleras y llegó al Registro Civil esposado y escoltado por policías.

Marchó a Italia y Alemania. Regresó a fines de 1934 y un año después comenzó a colaborar con el semanario *Señales*, donde conoció a Arturo Jauretche, un joven radical yrigoyenista, con quien estableció una amistad que perduró hasta su muerte. Allí comenzó su colaboración con Forja (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina). Scalabrini conoció a Perón y le hizo saber sus ideas. A continuación, algunas de ellas.

—¿Cómo fueron sus primeros años?

—Nací en Corrientes, a orillas del río Paraná, cuyas aguas corren con un silencio de siglos entre barrancas ribeteadas por bosques de mandarinas. Desde los cinco años, mi vida transcurrió en las cercanías de Pueyrredón y Santa Fe. Mi padre vivía rodeado de fósiles en un mundo de ideas encantadoramente simples, en que las unas se deducían de las otras con el razonamiento incontrovertible de un teorema. Cuando me hartaba de pelearme con los chicos del barrio y de jugar

a “vigilantes y ladrones” solía sentarme a su lado, junto a cajones repletos de piedras y de huesos fósiles. Yo era allí el único pedacito de porvenir entre tantos restos del pasado. Se divertía y me divertía resumiendo la historia de la humanidad con anécdotas sencillas.

—¿Cómo fue su primera experiencia electoral?

—Corría el año 1916 y tenía en mi bolsillo la flamante libreta de enrolamiento. No me separaba de ese tesoro porque era la llave de mi ingreso legal a los paraísos más o menos naturales a los que hasta ese momento sólo había tenido posibilidades de acceso clandestino. Aparentemente, no era difícil orientarse puesto que todas las voces vivas y las musitadas en los corrillos se dirigían exclusivamente contra el candidato radical. Los otros parecían no existir. Yrigoyen resultaba casi un muestrario de todos los vicios, defectos y debilidades del alma y del cuerpo humano. Era perdulario, un sin escrúpulos y sin moral que había adquirido una pequeña fortuna a costa de una viuda a la que había embaucado y sonsacado sus bienes. Su

“Nuestra mayor tristeza proviene de no saber quiénes somos. Hablamos en castellano, actuamos en inglés, gustamos en francés, amamos en ruso, nos apasionamos en italiano. Vivíamos de prestado abrumados por los preceptos de estéticas ajenas.”



Alfredo



triunfo hundiría al país en un caos. Las medidas demagógicas se multiplicarían. Los propietarios serían despojados. Las instituciones armadas iban a ser desquiciadas. Pero mi natural e instintiva suspicacia me inclinaba a sospechar y a dudar de la veracidad de tal alud de acusaciones... Finalmente, bajo la presión de ese instinto profundo que está formando entre todos los verdaderos argentinos ese extraño parentesco político en que todos nos reconocemos, voté por Yrigoyen.

—*¿Por qué somos como somos los argentinos?*

—Nuestra mayor tristeza proviene de no saber quiénes somos. Hablamos en castellano, actuamos en inglés, gustamos en

francés, amamos en ruso, nos apasionamos en italiano... Vivíamos de prestado abrumados por los preceptos de estéticas y éticas ajenas. Recién hemos dado en saber que la primavera nos llega en septiembre y no en abril. La República Argentina se encuentra en manos del capital extranjero y esto provoca la atonía cultural, la devoción por lo europeo, las enfermedades del espíritu nacional, tanto como el deterioro económico y social, como así también las luchas políticas.

—*¿Qué lo decidió a escribir Política británica en el Río de la Plata?*

—No es un impulso moral el que anima... Es un impulso político. Cuando los Estados Unidos de Norte América se erigieron

en nación independiente, Inglaterra, vencida, parecía hundirse en la categoría oscura de una nación de segundo orden, y fue la energía ejemplar de William Pitt la salvadora de su prestigio y de su temple. Decía Pitt: “Examinemos lo que aún nos queda con un coraje viril y resolutivo. Los quebrantos de los individuos y de los reinos quedan reparados en más de la mitad cuando se enfrenta abiertamente y se los estudia con decidida verdad”. El imperialismo económico encontró aquí campo franco. Bajo su pernicioso influencia estamos en un marasmo que puede ser letal. Todo lo que nos rodea es falso o irreal. Es falsa la historia que nos enseñaron. Falsas las creencias económicas con que nos imbuyeron. Fal-

sas las perspectivas mundiales que nos presentan y las disyuntivas políticas que nos ofrecen. Irreales las libertades que los textos aseguran.

—¿Cómo evalúa el análisis y la escritura de las historias oficiales nacionales en América latina?

—La realidad se anecdotiza incesantemente en nuestros actos y en nuestros pensamientos sin que la inteligencia americana se preocupe de consignarlos. Solemos referirnos a los pasados de América que se anotaron con trascendencia histórica, solemos hilvanar imagerías sobre su porvenir, pero el instante vivo en que la historia se confecciona, sólo ha merecido desdén de la inteligencia americana que podía haberlos descrito. Y ésa es una de las grandes traiciones que la inteligencia americana cometió con América. Cuatro siglos hacen ya que la sangre europea fue injertada en tierra americana. Razas enteras fueron exterminadas, las praderas se poblaron. Las selvas vírgenes se explotaron y muchas se talaron criminalmente para siempre. La llamada civilización entró a sangre y fuego o en lentas tropas de carretas cantoras. El aborigen fue sustituido por inmigrantes. Estos eran hechos enormes, objetivos, claros. La inteligencia americana nada vio, nada oyó, nada supo. Los americanos con facultades escribían tragedias al modo griego o disputaban sobre los exactos términos de las últimas doctrinas europeas. El hecho americano pasaba ignorado para todos. No tenía relatores, menos aún podía tener intérpretes y todavía menos conductores instruidos en los problemas que debían encarar.

—¿Qué valor le otorga a los estudios económicos para la comprensión de nuestra historia y nuestro presente?

—Estos asuntos de economía y finanzas son tan simples que están al alcance de cualquier niño. Sólo requieren saber sumar y restar. Cuando usted no entiende una cosa, pregunte hasta que la entienda. Si no la entiende es que están tratando de robarlo. Cuando usted entienda eso, ya habrá aprendido a defender la patria en el orden inmaterial de los conceptos económicos y financieros. La economía es un método de auscultación de los pue-



“El imperialismo económico encontró aquí campo franco. Bajo su perniciosa influencia estamos en un marasmo que puede ser letal.”

blo. Ella nos da palabras específicas, experiencias anteriores resumidas, normas de orientación y procedimientos para palpar los órganos de esa entidad viva que se llama sociedad humana. En pureza, la economía se refiere exclusivamente a las cosas materiales de la vida. Pero la economía bien entendida es algo más. En sus síntesis numéricas laten, perfectamente presentes, las influencias más sutiles: las confluentes étnicas, las configuraciones geográficas, las variaciones climatéricas, las características psicológicas y hasta esa casi inabarcable pulsación que los pueblos tienen en su esperanza cuando menos.

—¿Cómo vivió aquel histórico 17 de octubre de 1945?

—Frente a mis ojos desfilaban rostros atezados, brazos membrudos, torsos fornidos, con las greñas al aire y las vestiduras escasas cubiertas de pringues, de resto de brea, de grasas y de aceites. Llegaban cantando y vociferando unidos en una sola voz... Un pujante palpitar sacudía la entraña de la ciudad... Era el subsuelo de la patria sublevado. Era el cimiento básico de la Nación que asomaba, como asoman las épocas pretéritas de la tierra en la conmoción del terremoto... Eramos briznas de multi-

tud y el alma de todos nos redimía. Presente como la brisa fresca del río. Lo que yo había soñado e intuido durante muchos años, estaba allí, presente, corpóreo, tenso, multifacetado, pero único en el espíritu conjunto. Eran los hombres que están solos y esperan que iniciaban sus tareas de reivindicación.

—¿Qué poderosas fuerzas tuvo que enfrentar para poder vivir como pensaba? ¿Por qué tuvo que llegar, como usted dice al “suicidio”?

—Comprendí que tendría en contra lo que dentro del cuerpo social argentino significaba fuerza organizada: la oligarquía, el periodismo, la inteligencia universitaria y las miles de ramificaciones en que se diversifica la fuerza del gobierno. Era un panorama aterrador. Se abría una

perspectiva de extrema soledad: una lucha tremenda nada más que para expresarse. Sabía que me cerrarían todas las tribunas literarias, periodísticas y políticas... Una vida así

presupone despojarse a la vida de todo lo que burguesamente constituye la vida...

Para vivir esa vida es indispensable matar todo lo que constituye para los hombres normales una manifestación de vida: la lucha de posiciones, la conquista del éxito y su mantenimiento, la pequeña codicia, el pequeño engruimiento... Matar todo eso... es como suicidarse. Y una noche... tomé la decisión y me suicidé. Me suicidé para mí mismo y quedé convertido en puro espíritu. Las demoníacas potencias del imperialismo británico serían inermes para mí. Ellas tienen validez solamente sobre lo temporal, pero no sobre el espíritu y yo era sólo espíritu. Mis debilidades corporales habían sido abatidas para siempre. Ese es el secreto de mi constancia. Por eso no hay derrota que pueda desalentarme. *

LAS RESPUESTAS DE SCALABRINI ORTIZ PROVIENEN DE:

—Galasso, Norberto: *La búsqueda de la identidad nacional en Jorge Luis Borges y Raúl Scalabrini Ortiz*, Ediciones Homo Sapiens, Rosario, 1998.

—Scalabrini Ortiz, Raúl: *Bases para la reconstrucción nacional*, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1965.

—Scalabrini Ortiz, Raúl: *Política británica en el Río de la Plata*, Prólogo de Raúl Scalabrini Ortiz, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 2001.

—Scenna, Miguel Ángel: *Forja, una aventura argentina (De Yrigoyen a Perón)*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1983.